

«Marcha sin temor con estos hombres, porque soy yo el que los ha enviado.» Recibidos por Pedro, los siguió después, convertido en un siervo de los siervos de Dios, acompañándole también algunos hermanos en el apostolado, porque Pedro no viaja solo ni obra sin testigos, para que todo lo que haga y diga, en su calidad de Jefe supremo de la Iglesia, sirva de instrucción y de ejemplo al mundo. Cornelio le estaba esperando, y al momento que le vió se arrojó á sus piés. Pedro le mandó levantarse, y entró en su casa. «Tú sabes, le dijo á Cornelio, cuánto aborrecen los judíos el tener trato y comunicación con los extranjeros; pero Dios me ha declarado que yo no debo considerar como impuro á ningún hombre. Dame á conocer lo que tú quieres de mí.»

Rodeado Cornelio de sus parientes y amigos más leales, refirió lo que le había dicho el ángel, y añadió: «Aquí estamos delante de ti para escuchar lo que el Señor te ha mandado que nos digas.»

Pedro, admirando la gracia que Dios había hecho á los hombres anunciándoles la paz por Jesucristo, Señor y Salvador de todos, principió desde luego á instruir á todos aquellos gentiles que tan milagrosamente habían sido llamados; y durante su instrucción bajó visiblemente el Espíritu Santo sobre todos los que le escuchaban; y éstos, con gran sorpresa de los fieles circuncidados, se pusieron á hablar diferentes lenguas y á glorificar á Dios. Entonces Pedro dijo á sus compañeros: «¿Quién

podrá negar el bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo?» Y seguidamente mandó que fueran bautizados en nombre de Jesús nuestro Señor.

Al volver á Jerusalén tuvo Pedro que sufrir algunas contradicciones de parte de los judíos por haber estado y comido en casa de los incircuncisos, pues él contó todo lo que había sucedido, y además añadió: «Cuando yo vi que el Espíritu Santo bajaba sobre los gentiles, de la misma manera que al principio había bajado sobre nosotros, me acordé de estas palabras del Señor: *Juan ha bautizado en el agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo.* Por tanto, después que Dios les ha concedido la misma gracia que á nosotros, ¿quién soy yo para oponerme á Dios?» Estas expresiones y la notoria autoridad de Pedro, que había recibido las llaves para cerrar y para abrir, apaciguaron la inquietud y disiparon los escrúpulos de los judíos; y los mismos que habían murmurado concibieron después una santa alegría y dijeron: «¡Que Dios sea glorificado! ¡Él ha dado también á los extranjeros la gracia de la penitencia para que tengan vida!»

El muro de separación principiaba ya á caerse, y Pedro, que había sido elegido para darle el primer golpe, había abierto una gran brecha, estando también ya en las manos de Jesucristo el ariete que había de acabar de demolerle.

Después de la muerte de Esteban había continuado Saulo la persecución contra los cristianos. Era él de la raza de los fariseos, hombre instruido, elocuente, de gran valor, y aún se notaban en él algunos rasgos de ambición; estaba empeñado en desplegar más celo que el acostumbrado por los de su secta para conservar las tradiciones. Nacido en Tarso, pertenecía, sin



Lámina 116.—Volviendo Saulo á Damasco para perseguir á los cristianos, es arrojado del caballo por el Señor. El se convierte y llega á ser San Pablo.—Trabajo ejecutado conforme á un dibujo de Rafael que se conserva en Hampton-Court, en Inglaterra.

duda, á la sinagoga de los helenistas, cuya cólera contra las polémicas tan victoriosas sostenidas por San Esteban había encendido la primera persecución, que derramó mucha sangre. Saulo había consentido en la muerte de Esteban y había tomado parte en ella; pero, en pago, la oración que el mártir hizo por él había subido al cielo.

Entretanto, casi por espacio de todo un año, no respirando

Saulo más que amenazas, odio y muerte contra los discípulos de Jesucristo, y no estando satisfecho con haberlos arrojado de Jerusalén, pidió al gran sacerdote cartas para las sinagogas de Damasco, con el fin de poner en prisión á todos los que encontrase en dicha ciudad. Se hallaba en el camino, y cerca de ella, cuando repentinamente se encuentra envuelto de una luz prodigiosa, cae del caballo á tierra, y una voz le dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Saulo exclamó: «Señor, ¿quién sois Vos?» El Señor le respondió: «Yo soy Jesús, á quien tú persigues; es muy duro el cocear contra el aguijón.» Esta palabra manifiesta que la divina gracia ya le obligaba, y el perseguidor no la resistió más, sino que, por el contrario, dijo: «Señor, ¿qué queréis que yo haga?» El Señor le contestó: «Levántate y entra en la ciudad.»

Los que acompañaban á Saulo habían oído la voz, pero sin ver á nadie; mas él había visto el rostro luminoso y el cuerpo glorioso del Salvador. Ante esa esplendorosa manifestación se le cerraron sus ojos, y cuando los abrió no veía ya. Entonces sus compañeros le cogieron de la mano y le guiaron á Damasco. Durante tres días no bebió ni comió, y sus ojos no pudieron ver la luz.

Al tercer día, un discípulo, llamado Ananías, oyó la voz del Señor, que le dijo: «Anda á la calle llamada Recta, á la casa de Judas, en donde preguntarás por uno que se llama Saulo de Tarso, el cual está ahora en oración.» En el mismo instante vió

Saulo en espíritu un hombre llamado Ananías, que le imponía las manos para recobrar la vista. Entretanto respondió Ananías: «Señor, yo he oído decir que ese hombre ha perseguido cruelmente á vuestros santos en Jerusalén, y tiene también facultad de los príncipes de los sacerdotes para conducir presos á todos los que invoquen vuestro nombre.» Mas el Señor le dijo: «Anda, porque á aquel mismo le he elegido yo para que predique mi nombre á los gentiles y delante de los reyes y delante de todos los hijos de Israel.»

Ananías fué sin dilación á casa del perseguidor, le impuso las manos y le dijo: «Mi hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te ha aparecido en el camino por donde tú venías, me ha enviado, á fin de que recobres la vista y de que seas lleno del Espíritu Santo.»

Al momento cayeron de los ojos de Saulo como dos escamas; vió, se levantó, recibió el bautismo, y, después de haber pasado algunos días en compañía de los discípulos de Jesús que había en Damasco, entró en las sinagogas, publicando que Jesús era el Hijo de Dios. Habiendo hecho esa confesión pública, se retiró al desierto enteramente solo con Jesús, que le había convertido y que le instruía. Pasó muchos años en una especie de retiro, aborrecido violentamente por los judíos y mirado como medio sospechoso por muchos de los fieles. No fué á Jerusalén hasta después de tres años para ver á Pedro, y estuvo allí poco tiempo. Todavía no se conocía su virtud, y mé-

nos su genio, y nadie, incluso él mismo, podía prever su especial vocación para convertir á los gentiles. Principió á darse á conocer en Antioquía, en donde Bernabé, que era, como él, antiguo discípulo de Gamaliel, gobernaba una iglesia casi toda ella compuesta de paganos convertidos. Muy pronto esta iglesia llegó á estar casi tan floreciente como la de Jerusalén; y allí fué donde los fieles, aceptando un epíteto usado por burla, tomaron el nombre de cristianos.

La conversión é instrucción de San Pablo, debidas exclusivamente á la visible intervención de Jesucristo, fueron, por decirlo así, la última obra que Jesucristo realizó personalmente. Por este milagro, más asombroso que la resurrección de un muerto, dió el Hijo de Dios al mismo tiempo á su Iglesia predilecta, no solamente el más grande y esclarecido de sus doctores, sino también el más irrecusable de sus testigos. La razón imparcial no tiene nada que objetar al testimonio de San Pablo tocante á la verdad completa de la historia evangélica; porque él no es un hombre ignorante ó simple que haya podido ser engañado por prodigios aparentes ó subyugado y ganado por el encanto y ascendiente de una inteligencia superior, ni un hombre que haya creído lo que de lejos oía referir, ni tampoco un filósofo á quien la seducción del pensamiento haya inducido á componer un mito para conseguir que el mundo aceptase las ideas que él hubiese concebido. Pablo es un contemporáneo de los sucesos que contiene el Evangelio; es un sabio, un doctor

de la Ley, un fariseo y un enemigo de la Iglesia. Él había resistido y rechazado los milagros y la predicación cordial y sencilla de Pedro, la ciencia y elocuencia de Esteban y los remordimientos de su mismo corazón, tan magnánimo y tan generoso. Ni fueron bastante á convertirle la sangre de los mártires ni las lágrimas y las virtudes de los fieles. En lo humano, nada podía esperar ganar, y, al contrario, podía temer perderlo todo haciéndose cristiano; pero cae por tierra al ver la hermosura de Jesús y la gloria de su humanidad, pasa por delante de sus ojos como un relámpago lo que él quería ignorar, se levanta otro hombre muy distinto de lo que había sido hasta entonces, y se une con aquellos á quienes él había perseguido.

Se han inventado algunas palabras con que poder expresar estas revoluciones interiores del alma, de las que se presenta el primer ejemplo en Pablo, y las que después de él han visto frecuentemente los pueblos y los siglos. Se ha dicho que son un acceso de delirio, una fiebre, una alucinación, según lenguaje del mundo. Pablo ve cruzar por sus ojos como un relámpago; ha creído que veía la cara de Jesús; un ruido le ha obligado á creer que oía su voz; creyó repentinamente lo que ya sabía, y de esa manera queda explicada su conversión, su vida, sus trabajos, su martirio y su doctrina, sin tomarse la pena de inculpar su sinceridad.

Pero la figura tan magnífica de San Pablo nos es perfectamente conocida, y ante ella no puede prostituirse la razón con

bajezas que la envilecen y la ciegan enteramente. Si Jesucristo no hubiese vivido, ni muerto, ni resucitado; si no hubiese sido el Hijo de María, el Hijo de David, el Hijo de Dios; si los doctores y sabios de Israel no hubiesen podido encontrar en Él los rasgos y carácter del Mesías anunciado en las Escrituras; si no hubiese sido el Hombre-Dios que nos enseña y presenta el Evangelio, seguramente que para el espíritu y energía de San Pablo hubiera sido bien poca cosa y accidente muy poco importante la alucinación ó visión del camino de Damasco; y los tres años que pasó en un aislamiento casi completo, bajo la doble presión del odio furioso que, por una parte, le tenían los judíos, y de la desconfianza que, por otra, tenían de él los cristianos, hubieran sido tiempo y causa suficientes para reconocerse y desengañarse; y aún el primer ensayo de su vida apostólica por sí solo hubiera bastado para hacerle volver al buen sentido y para desvanecer toda alucinación. La vida apostólica jamás ha sido dulce ni cómoda para la naturaleza, y lo fué ménos en los primeros tiempos del Cristianismo; pero ninguno la ha soportado en todo su peso y con todo su rigor como San Pablo. El Señor había dicho á Ananías cuando le envió á Saulo: «Yo le manifestaré lo mucho que él debe padecer por mi nombre.»

Cuando San Pablo escribía su segunda carta á los fieles de Corinto, hacia el año 57, y como unos diez años antes de su muerte, había sido azotado cinco veces por los judíos y golpeado con varas tres veces por los romanos, cuyos tormentos muy

frecuentemente eran mortales. En Listria le apedrearon también los judíos y le dejaron por muerto. Había naufragado tres veces; fué preso siete veces antes de su martirio, y además pasó los trabajos innumerables de que él hace referencia, diciendo: «He hecho muchos viajes, he tenido peligros en los ríos, corrido riesgo de caer en manos de ladrones, hallado peligros en los mismos que son de mi nación, peligros de parte de los gentiles, peligros en las ciudades, peligros en la soledad, peligros en el mar y peligros de parte de los falsos hermanos. Me he visto en la aflicción y en el dolor, he pasado largas y penosas vigiliass, he sufrido hambre, sed, muchas privaciones, frío y desnudez; y además de las aficciones exteriores, he tenido también las de mi espíritu.» Esa es la vida que había abrazado el hombre de genio y de talento que estaba llamado á ser jefe del poderoso partido de los fariseos, si no se hubiera hecho cristiano; y emprendió ese género de vida tan penosa desde el momento en que Jesucristo le notificó, por conducto de Ananías, que le manifestaría lo mucho que tenía que sufrir y padecer por su nombre.

Empero, en medio de esa vida tan penosa, y de la serie de fatigas, angustias, privaciones y tormentos que experimentó, poniendo ante sus ojos el espectáculo horrible y la opresión insostenible de este mundo de Satanás, donde había visto dominar sucesivamente á Calígula, á Claudio y á Nerón, no podía menos de consolarse y de sentir su corazón lleno de paz y de san-

ta alegría. Después de la visión de Damasco se le apareció por lo ménos cuatro veces Jesucristo, y le favoreció con los consue-

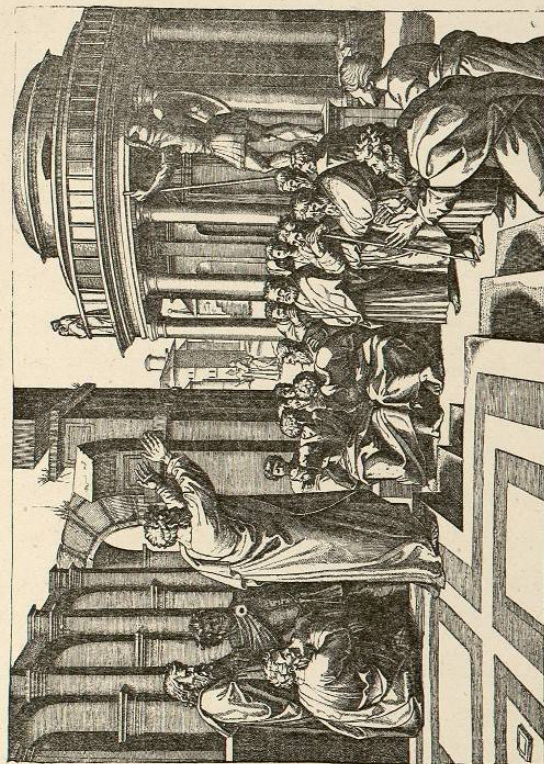


Lámina 117.—San Pablo predicando en Atenas. Desde un alto estrado habla el Apóstol al pueblo, que se halla reunido á su alrededor. La estatua de Marte se eleva á la derecha delante del pórtico del templo.—Grabado de Marco-Antonio, conforme á un dibujo de Ranaldi, que data del siglo XVI.

los de la cruz, con la paz de los perseguidos, con la esperanza que necesitan los condenados y con la alegría que alienta á los que se encuentran abandonados. Una vez recibió un éxtasis que

le elevó á la presencia del Hijo de Dios reinando en el cielo, al lugar inmediato y reino de Dios Omnipotente, Altísimo y Sapientísimo, y allí oyó misterios y verdades que la lengua humana no sabe expresar; y estaba tan poseído y tan lleno de Dios y de su amor, que pudo muy bien decir : «Yo no vivo ya, sino que es Jesucristo el que vive en mí.»

Se manifestaba en él la vida de Jesucristo por una conducta tan llena de sabiduría, por una dulzura y por una caridad tan grandes, que eran superiores á la magnitud de sus revelaciones y de su celo; y así es como pudo él esclarecer los arcanos de la divina gracia, de la predestinación, de la Encarnación del Verbo, de la vocación de los gentiles, de la esencia y efectos de los santos sacramentos, de la nueva alianza y del nuevo sacerdocio, de la abrogación de la Ley antigua y de nuestra libertad adquirida por Jesucristo; y todos esos torrentes de luz los derramaba con un espíritu tan prudente y tan solícito, que formaba encantadora armonía con la humildad y dulzura que había en su corazón. Por eso le han celebrado todas las voces más autorizadas de la Iglesia, además de haber formado su elogio y alabanza el mismo Dios, porque quería que personalmente fuese conocido y admirado de todo el género humano este nuevo Apóstol y este hombre nuevo y extraordinario. El libro sagrado llamado *Los Hechos de los Apóstoles*, que se reputa como el quinto Evangelio, fué inspirado expresamente para confirmar los derechos del Apostolado, para hacer constar la supremacía de Pe-

dro y para consignar la historia y dejarnos un retrato fiel y eterno de Pablo, Apóstol de las naciones, elegido, conquistado y formado por Nuestro Señor.

San Pablo murió en Roma al filo de la espada el año 67 de la era cristiana, y ese mismo número de años sería su edad con poca diferencia. Fué decapitado en la vía de Ostia, que era el gran camino por donde todos entraban en Roma, cuya ciudad, con la permanencia de Pedro en ella, había sido ya constituída en capital de la Iglesia Católica.

En el mismo año, y probablemente el mismo día, fué Pedro clavado en la cruz por los mismos verdugos que cortaron la cabeza á Pablo. Dios había librado á Pedro de las manos de los judíos á fin de que viniese á Roma, para que el árbol de la cruz echase allí sus raíces. Tuvo, por consiguiente, Roma un segundo Calvario y una segunda cruz; y ésta se clavó y se levantó en el Vaticano, en donde había un jardín de Nerón, cuyo suelo había sido ya regado abundantemente con sangre de cristianos, pues allí fué donde los fieles de Cristo, cubiertos de pieles de animales, habían sido arrojados á los dientes devoradores de los perros, y donde otros cristianos, embadurnados de resina y encadenados, ardieron como antorchas para alumbrar los paseos y entretenimientos de Nerón. Entonces estaba ese cruel emperador rodeado de adivinos y arúspices procedentes de Judea, los cuales habían puesto en él su esperanza acerca del Mesías, y la emperatriz Popea era partidaria entusiasta de esos senti-

mientos, pudiéndose asegurar, sin género alguno de duda, que no era extraña á la persecución de los cristianos la influencia de que gozaban los judíos para con los emperadores. Pedro fué crucificado de una manera muy particular, puestos sus piés, que habían sido lavados por Jesús, en la parte más alta de la cruz, mirando hacia el cielo, y su cabeza en la parte más baja, como si se intentara hacer caer de ella la corona. Sobre el Vaticano está hoy levantada la suntuosa basílica dedicada al Príncipe de los Apóstoles, y allí tiene su residencia, después de diez y ocho siglos de revoluciones y convulsiones sociales, su ducentésimo quincuagésimo quinto sucesor, el esclarecido y magnánimo Pontífice Leon XIII; y en la misma forma se sucederán los Vicarios de Jesucristo en la tierra hasta el fin del mundo en virtud de esta promesa: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

#### LOS APÓSTOLES : JUAN

Muchos de los Apóstoles habían ya padecido el martirio. Santiago, hijo del Zebedeo, y Juan, hijo de Alfeo, habían muerto en Jerusalem: el primero por orden de la autoridad civil, y el segundo por instigación del príncipe de los sacerdotes. Andrés, hermano de Pedro, habiendo predicado el Evangelio á los escitas, murió martirizado en Acaya, y los demás esperaban la misma recompensa en las misiones lejanas adonde su

celo los había llevado. Aun cuando la muerte de todos no se conozca con toda exactitud y en todos sus detalles, se puede creer con fundamento que, exceptuando Juan, que murió de muerte natural, después de haber sufrido y vencido el martirio, todos los demás derramaron su sangre por el nombre de Jesús.

Si se cuenta Matías, que fué designado por la suerte; Bernabé, que fué elegido por los Apóstoles, y Pablo, que fué escogido por una vocación particular y directa, resulta que el número de Apóstoles es catorce. Á los cuarenta años de haber muerto el Salvador, de esos catorce Apóstoles, especialmente llamados y enviados por Jesucristo, sólo quedaba vivo Juan, ó, por lo ménos, era sólo el que figuraba en el centro de la civilización romana.

Él se estableció en Éfeso, que á la sazón era el centro de la ciencia y de una gran actividad intelectual. La ligereza del espíritu griego parecía no estar influída por el Cristianismo más que como por un agujon que la lanzaba al campo de las sutilezas y de cuestiones quiméricas y erróneas; y así se la veía inventar sistemas en los que el paganismo y el judaísmo, con la máscara y apariencias de cristianismo, se ponían de acuerdo para negar la realidad de la humanidad y divinidad de Jesucristo, y para destruir completamente su moral y su revelación, por lo que era allí altamente necesaria la vigilancia y todo el celo de un Apóstol; y ninguno podía atender mejor á esa necesidad que aquel que había tenido la dicha de encontrar para descanso